

EL PACTO Y EL RIESGO

SALVO alguna mueca de dolor, alguna de escepticismo, los pactantes de la Moncloa encuentran que su obra es buena y la situación salvable. La Moncloa se configura ya —decíamos hace una semana, por lo menos— como una institución. Lo confirma el señor Carrillo en declaraciones a "Le Monde": "Los partidos que se reúnen en la Moncloa forman ya una especie de supergobierno, un gabinete que trata los asuntos de alta política, mientras que el Consejo de Ministros legal se ocupa de los asuntos de trámite". El supuesto supergobierno de la Moncloa, en realidad, no es sólo un atajo al Gobierno: es un puente, un salto sobre las Cortes. Los reunidos son conscientes de ello. El señor Carrillo intenta que esta parainstitución continúe para aplicar un control de la aplicación de los acuerdos de la Moncloa: "Si ese control se hace solamente en las Cortes dará lugar a una disputa electoralista, mientras que en la Moncloa los acuerdos son más fáciles de obtener y, en algunos puntos, más importantes. No se trata de disminuir el papel de las Cortes, sino de demostrar al país, en esta fase de excepción, que el Parlamento no es el teatro de luchas puramente partisanas". Se puede dudar de un par de cuestiones: una, que el "supergobierno" sea tal, y no una cobertura del poder, o una busca de complicidades del poder gubernamental para que la oposición asuma la realidad de sus propias carencias, de forma que el supuesto supergobierno fuese en realidad un subgobierno; otra, que el "gobierno legal" permita en la realidad que el pacto de la Moncloa se perpetúe como institución y realice el control del cumplimiento de los acuerdos. Será, sin duda, el gobierno "legal" el que desmenuce en Decretos y Ordenanzas lo pactado, y serán sus funcionarios quienes lo apliquen. La creación de una importantísima red administrativa en todo el país le ayudará. Es una red más homogénea aún que la inventada por el franquismo, porque es más homogénea y probablemente más leal —la red franquista estuvo tan trufada de deslealtades que de ellas salió, entera, la nueva administración—. La tercera alusión inquietante es la que se refiere a las Cortes, tanto por la afirmación de su tendencia a las "disputas electoralistas" como por la oscura frase positivo-negativa de que hay que demostrar al país "que el Par-

lamento no es el teatro de luchas puramente partisanas". Son argumentos que coinciden mucho con las críticas clásicas al régimen parlamentario y a su inanidad. La ventaja del señor Carrillo es que es —con el señor Suárez— el político más realista del país, y esto es lo que les hace estar tan frecuentemente unidos en esta situación, hasta el punto de dar lugar a especulaciones sobre pactos bilaterales o entendimientos mutuos. El señor Carrillo es un maestro en el arte de sacar fuerzas de flaqueza, lo cual es una de las grandes virtudes políticas de su partido —podría ilustrarse con dos grandes ejemplos, el de Lenin sacando al partido bolchevique adelante, hace ahora sesenta años, de una situación de minoría real, y el de Mao en el momento de emprender la larga marcha— y muy seguramente una capacidad personal suya, incluso dentro del seno del partido. Dentro del marxismo, esta ventaja política se define con la frase de "estar en el sentido de la Historia". A veces, la Historia se equivoca y todo se viene abajo. Como, por ejemplo, en Indonesia o en Chile, por no citar más que dos casos separados en el tiempo y en las circunstancias. A la larga, no son más que inci-

dentos de ruta y el señor Carrillo sabe bien que están en lo posible cuando anuncia ciertos riesgos: "Ya no digo que la situación sea la de 1936 ni que un Pinochet sea inevitable; digo que el peligro existe, y que si las fuerzas políticas tienen una actitud inteligente, responsable, pueden hacer el contrapeso suficiente para que se disipe".

TODO esto son claves. El riesgo del pinochetismo existe: quizá no tan próximo como lo ve el señor Carrillo, quizá no tan distante como lo supone el señor González. Lo que es importante aquí y ahora no es que vaya o no vaya a venir —nadie es profeta, y menos en su tierra—, sino que es un factor: el simple hecho de esta espada de Damocles está representando mucho, y probablemente sin la existencia de ese riesgo no habría pacto de la Moncloa, ni reuniones de la Moncloa, porque el Gobierno no tendría necesidad de ampararse en la amplitud de una fuerza cívica que representen los partidos; el señor Suárez no ha convocado esta reunión, y no la ha convocado aun sabiendo lo que significa de merma de poder personal y de su propio partido, hasta que se ha encontrado con imposibilita-



La negativa del señor Fraga a aceptar lo que él considera un desmantelamiento de las Fuerzas de Orden Público, anunciada en los momentos en que Fuerza Nueva lanzaba una manifestación en Madrid, en el mismo sentido, tiene mucha importancia. Aspecto de la manifestación organizada en Madrid por Fuerza Nueva, el viernes 21.



Sin el riesgo del pinochetismo —quizá no tan próximo como lo ve el señor Carrillo, quizá no tan distante como lo supone el señor González—, probablemente no habría habido pacto de la Moncloa.

des para gobernar solo. (Esta reunión hubiese sido más congruente y más eficaz desde el primer día de su gobierno: para redactar unas bases constituyentes, para convocar con arreglo a ellas unas elecciones, con lo cual las Cortes actuales no tendrían los defectos que tienen ahora de representatividad). Sin ese riesgo los partidos de la izquierda no habrían hecho tanta concesión en los diversos pactos de la Moncloa, ni las habría hecho el señor Suárez; los programas políticos y las actuaciones de cada partido serían más avanzadas, y la tendencia de las masas hacia lo que se llamaría una unión de la izquierda estaría menos frenada por sus dirigentes. La realidad es que esta espada de Damocles no es un fenómeno español, aunque tenga aquí unas características propias: es la que está modificando toda la política interior de Italia, la que produce la fuga de las izquierdas en Francia cuando tenían a punto el Rubicón de las elecciones, la que desnaturaliza la socialdemocracia en Alemania Federal. Por no relatar lo que supone en países más débiles como Grecia y Portugal.

ADVIERTASE, volviendo a España, cómo la posición más fuerte y menos pactante es la de quienes consideran ese riesgo no como una catástrofe, sino como algo que pudiera ser positivo. La única disensión de la Moncloa corresponde al señor Fraga Iribarne, y precisamente en uno de los temas más agudos de la reunión y del factor de riesgo latente: el que corresponde al orden público, su concepto general y la organización de las fuerzas encargadas de defenderlo. Las declaraciones del señor Fraga fueron claras y terminantes: no acepta lo que él considera un desmantelamiento de las Fuerzas de Orden Público, y concretamente de la Guardia Civil. Dicho esto en los mo-

mentos en que se lanzaba la gran manifestación en el mismo sentido organizada por Fuerza Nueva tiene mucha importancia. Las sucesivas negaciones del señor Fraga a la identificación de su grupo con la extrema derecha son sin duda sinceras, pero pueden ser equivocadas: desde un punto de vista distante, sus declaraciones y sus actuaciones corresponden con las de la extrema derecha, quizá en el sentido en que en un momento dado las de Eduardo Frei y la democracia cristiana chilena correspondían con las de Pinochet, aunque después haya vuelto a tomar sus distancias. Sus declaraciones en Valencia —el sábado pasado, clausura del congreso provincial de Alianza Popular— acerca de "la hora de la verdad", de la "pugna demagógica" de las centrales sindicales o de los "piquetes manejados por los extremistas de siempre" son bastante significativas. Ciertamente entre los dirigentes de Fuerza Nueva y los de Alianza Popular hay enormes diferencias, pero no hay los abismos que existen entre, por ejemplo, don Santiago Carrillo y don Felipe González, que no se resisten a la tentación de presentar cada día una película de dibujos de Tom y Jerry. En todo este caso de la España actual no hay que desestimar los puntos de vista de esta derecha, o extrema derecha: no sólo porque su fuerza tenga las características del iceberg —una pequeña parte aflora a la superficie, en forma de escasos diputados y senadores de Alianza, de actos públicos y de publicaciones; cuatro quintas partes están sumergidas, pero están—, sino por lo que representan de estado de opinión. Sus acusaciones contra la ola de terrorismo, contra la debilidad gubernamental, contra lo que llaman la desmembración de España o contra el caos económico no atraen a los convencidos, a los excipientes del sistema anterior o a los perjudi-

cados directamente por el cambio, que esos ya estaban desde el principio, sino a muchos moderados que tienen cada día motivos de descontento. Muchos que se acobardaron a la llegada de la "democracia" empiezan ahora a ocupar sus antiguas posiciones. Repitamos que también se trata de un fenómeno mundial.

LA realidad es que frente a este estado de cosas, frente a estos riesgos que se anuncian y que se van viendo, la única respuesta posible es un fortalecimiento de la democracia: fortalecimiento no en el sentido de dureza represiva o de leyes excepcionales, de rigor en la vida pública, sino en el de la demostración de que sus métodos son viables y sus instituciones pueden funcionar. No es la mejor forma para ello la disminución del papel de las Cortes y de todo el juego parlamentario, el retraso de la Constitución y la formación de cámaras de notables como la de la Moncloa. Y menos aún la ocupación administrativa de todo el país por un partido formado urgentemente para hacerse cargo del poder, como es la UCD.

NO convendría hacerse la idea de que los acuerdos de la Moncloa son un triunfo de la democracia, ni que constituyen un acontecimiento histórico, como han manifestado algunos de los presentes y firmantes. Son solamente un paso retardado, excesivamente lento, ante un momento de riesgo. Ciertamente todos los pactantes señalan como pueden su carácter provisional y precario ("un programa de urgencia... en esta fase de excepción"), pero no deben perder de vista que toda la perspectiva que ellos creen histórica puede deteriorarse en el espacio de unos meses, quizá de unos días. En cuanto los empresarios constatan que no salen adelante, en cuanto los obreros vean que su nivel de vida disminuye, en cuanto el "apretarse el cinturón" no sea algo totalmente igualitario, en cuanto las desestabilizaciones del terror continúen, en cuanto los moderados se vayan marchando hacia la derecha o hacia la extrema izquierda...

QUIZA entonces los pactantes de la Moncloa consideren que hubiera sido mejor dejar que el Gobierno trabajase solo, sin complicarse con él. Quizá entonces quieran retirarse. Pero tal vez sea ya demasiado tarde. Y tal vez todavía no se haya puesto en vigor una Constitución sinceramente democrática y unas Cortes realistas emanadas de ella. Y un Gobierno enteramente responsable, salido de una mayoría o de una coalición coherente procurada por esa mayoría. Factores que son los auténticamente democráticos. ■